

El don de los
Recuerdos.

Domingo Faustino
Sarmiento y la
autobiografía como
publicidad

Hernán Pas

Doctor, licenciado y profesor en Letras por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), donde trabaja como docente de Literatura argentina, e investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Es autor de los libros *Ficciones de extranjería. Literatura argentina, ciudadanía y tradición (1830-1850)* (2008), *Sarmiento, redactor y publicista. Con textos recobrados de El Progreso (1842-1845) y de La Crónica (1849-1850)* (2013), y como editor de la reedición de *El Recopilador (1836)*, ediciones de la Biblioteca Nacional (2013) y del volumen *El romanticismo en la prensa periódica rioplatense y chilena. Ensayos, críticas, polémicas (1828-1864)*, (2014), Biblioteca Virtual Orbis Tertius.

Contacto:

hernan_pas@yahoo.com

PALABRAS CLAVE

Sarmiento, biografía y literatura,
cultura letrada, memoria y política

RESUMEN

El presente trabajo indaga la construcción histórica y biográfica de Domingo Faustino Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia*, apelando a los estudios ricoeurianos en torno a la experiencia narrativa, por un lado, y a los enfoques críticos sobre el género biográfico, por el otro. A su vez, atendiendo al contexto de producción, se examinan los presupuestos asumidos por el saber letrado en Latinoamérica, así como las contradicciones y dilemas que los mismos ostentan en sus formas escritas.

KEYWORDS

Sarmiento, Biography and
literature, Lettered culture,
Memory and politics

ABSTRACT

The present work inquire into Domingo Faustino Sarmiento's historical and biographical construction of his *Recuerdos de provincia*, appealing to the studies ricoeurianos concerning the narrative experience and the critical approaches on the biographical genre. At the same time, attending to the context of production, are examined the supposition assumed for knowledge letters in Latin America, as well as the contradictions and dilemmas that they show in his written forms.

El frágil vástago de la memoria escrita

Hay quienes juzgan que este libro debe su autoridad a Sarmiento y buena parte de su fama a la del autor; olvidan que Sarmiento, para la generación actual de argentinos, es el hombre creado por este libro.

Jorge Luis Borges, 1944

Como el fisiólogo o el físico, el historiador americano, según aconsejaba Bello, debía procurar recuperar la fisonomía del tiempo pretérito a través de las singularidades del cuerpo biografiado. La vida de un Sucre o de un Bolívar, o la vida de una ciudad, concentraban en sí mismas las peculiaridades del drama histórico americano. En el marco de la disputa por los modos de reconstrucción del pasado nacional – disputa en buena medida incentivada por el mismo caraqueño durante los años de su regencia en la Universidad de Chile –, la historiografía venía así a explotar su vínculo con el tejido biográfico¹. Escribir la historia de las repúblicas nacientes era resucitar las figuras que, compendiadas por un linaje evolutivo, arrojaban sus sombras desde las ex colonias a las orillas cívicas de la independencia política. Sarmiento, biógrafo y publicista, se había interesado tempranamente en esa

¹ Me refiero a la disputa suscitada a partir de la presentación a la Facultad de Humanidades chilena de la Memoria de J. V. Lastarria, titulada *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, en septiembre de 1844. Bello, regente de la Universidad desde su fundación en 1843, reseñó y respondió esa Memoria, iniciando un debate que se extendería por lo menos hasta 1848, con la publicación de dos artículos suyos sobre los modos de escribir y de estudiar la historia. (He abordado esta polémica en mi trabajo “La escritura de la historia: polémicas *entramadas* en el cuerpo de la patria (Lastarria, Bello, Sarmiento y Alberdi)”, en: *El hilo de la fábula*, Santa Fe, Año 7, nro. 8/9, Universidad Nacional del Litoral, 117-13).

particular mixtura textual que permitía hablar de una historia mayor a partir de la reconstrucción biográfica de una figura prominente.

En efecto, existe una serie de textos que permite vislumbrar tanto los intereses letrados como los atributos que el sanjuanino otorgaba al género biográfico. Entre ellos, el primero, publicado en *El Mercurio* el 20 de marzo de 1842, ofrece las claves de su inclinación por el género: “La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época i pais dados, es el resumen de la historia contemporánea” (Sarmiento, 1909, I, 184). Pero el rasgo sobresaliente de una biografía es, para Sarmiento, su función didáctico-moral: “el compendio de los hechos históricos mas al alcance del pueblo i de una instrucción mas directa i mas clara” (ídem, 185). Sarmiento llevará a los extremos, de manera desviada y hasta paródica, aquella sugerencia de Echeverría cuando en su *Ojeada retrospectiva* recomendaba “escribir la biografía de los que deban merecer honra y respeto de la posteridad” (Echeverría, 1972, [1846], 61); desviada porque su tejido biográfico fijó como protagonista a un caudillo-gaicho de la pampa argentina; paródica porque, tomando literalmente dicha sugerencia, se convertirá él mismo en objeto de “honra y respeto” para la posteridad. Perspicaz desplazamiento que la suspicacia borgeana, como muestra el epígrafe que abre este trabajo, valoró en su justo término. El carácter ejemplar de la vida de un gran hombre, señala Sarmiento, que logra compendiar los intereses y hechos más importantes de su época es el mayor recurso de instrucción popular del que una sociedad puede disponer. Es conocida su admiración por la vida de Franklin quien, a su

vez, como lo dice en este artículo, había sido influenciado por la temprana lectura de las vidas comparadas de Plutarco.

El interés del sanjuanino por el carácter modélico de la biografía se corrobora, asimismo, en la práctica de traducciones y publicaciones realizadas sobre distintos personajes históricos –por ejemplo, su traducción y edición de la *Vida de Jesucristo*, sus *Apuntes biográficos sobre Aldao*, editados por la Imprenta El Progreso y, por supuesto, su *Facundo*. Ese interés de Sarmiento por lo “representativo” del género se hará manifiesto en las páginas de *El Progreso*, el periódico fundado por el sanjuanino en 1842 bajo el amparo del gobierno chileno. En el número correspondiente al 17 de enero de 1843 aparece una separata con el título “Biografía”, en la que Sarmiento anuncia que: “recorriendo nuestro prospecto [...], hemos notado que hasta hoy no se han insertado las biografías cortas de los hombres célebres que entonces prometimos y de que en adelante se registrarán en nuestras columnas” (*El Progreso*, 17/01/43, 3). Y luego, expresando una vez más la connivencia entre historia individual e historia socio-política, agrega: “Los hombres salientes que han escrito su nombre en el gran libro de la humanidad, forman el esqueleto de la historia, que valiéndose de estos puntos de apoyo, demuestra la unión que existe entre la naturaleza y el hombre” (ídem, 3.). A partir de ese mismo número, el periódico comenzó a publicar una serie de textos biográficos, de distintos personajes históricos, los cuales, si al principio ocupaban apenas media columna del diario, con el correr de los números se irían extendiendo y ganando espacio, hasta llegar a ocupar una página entera o más, y llegarán incluso a dominar el espacio del folletín².

² En efecto, el primero de la serie de esos “retratos” biográficos, referido al obispo Antonio Osorio de Acuña, se publica en ese mismo número del 17 de enero, y ocupa solo media columna. Luego, a

Pero si para Sarmiento “la biografía es el libro más original que puede dar la América del Sur en nuestra época”, como sostiene en *Recuerdos de provincia*, (Sarmiento, 1970, 164), no lo es tanto por el hecho de entregar a la posteridad una personalidad distinguida –aunque haga suya, por supuesto, como lo había hecho en 1845 con el Facundo, la idea hegeliana del *Welthistorische Individue*. La ambigüedad, incluso la ambivalencia fagocitada entre historia y ficción – el “frágil vástago”, como lo llama Ricoeur (1996, III, 997)³–, es de lo que Sarmiento, previendo los acontecimientos políticos que terminarían por derrocar a Rosas, parece aprovecharse en grado superlativo al publicar sus *Recuerdos*. El tejido biográfico que recaerá entonces sobre su propia persona se deslizará estratégicamente hacia la construcción histórica del retrato, evocando el pasado de modo más exhaustivo que en sus anteriores escritos biográficos. La personalidad de Sarmiento “crece” en su autobiografía por el espesor que en su memoria particular cobran los personajes y acontecimientos que se remontan hasta la colonia. De allí la figura de los linajes. La anamnesis subjetiva será evocada entonces con el

medida que la serie se extiende también se extiende el espacio que el diario le dedica a esas pequeñas biografías hasta, finalmente, mezclarse con la sección del folletín. Entre los personajes biografiados aparecen, entre otros, los nombres de Camilo Desmoulius (N° 69, 31 de enero), Juan Francisco, conde de Barras (N° 70, 1 de febrero), José Fouché (N° 72, 3 de febrero), Robespierre (N° 73, 4 de febrero), Lord Wellington (N° 83, 16 de febrero). Resulta interesante que en el número 111, del 21 de marzo de 1843 (es decir, dos años antes de que Sarmiento comience a publicar su biografía de Quiroga en esas mismas páginas), aparezca en la sección “folletín” un artículo titulado “Alí-Bajá (Cuadro de Monvoisin)”, un ensayo descriptivo-costumbrista basado, como se deja ver, en un cuadro del famoso pintor francés, que había residido en Argentina y después en Chile y retratado, entre otros, a Andrés Bello.

³ “El frágil vástago –dice Ricoeur–, fruto de la unión de la historia y la ficción, es la *asignación* a un individuo o a una comunidad de una identidad específica que podemos llamar *identidad narrativa*” (Ricoeur, 1996, Vol. III, 997, cursiva en el original).

mismo rigor que los documentos que sobre Facundo le enviaban, al otro lado de la frontera, sus archivistas.

“SU BIOGRAFÍA DE LISTED”

“Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, y el de la mía es triste, luminoso y útil”

D. F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*.

“Es el primer ejemplo que se ofrece en nuestro país, tan abundante en hombres notables, de un republicano que publica doscientas páginas y un árbol genealógico para referir su vida”

J. B. Alberdi, *Cartas Quillotanas*.

En *La transparence et l'obstacle*, Starobinski señala que el carácter de veracidad del pasado no parece inquietar el horizonte discursivo rousseauiano. El autor del *Contrato social* jamás se dirá, como Proust, que los sucesos olvidados ocultan una verdad esencial (Starobinski, 1957, 226). La escritura autobiográfica es así una mimesis especial. Mejor dicho: no es mimética, sino sentimental. Lo que garantiza una forma de verdad a los acontecimientos relatados es la certeza de haberlos vivido o de haberlos percibido como tales (Miraux, 1996, 55). La certeza de Sarmiento –la que quiere más bien que su lector comparta– es que esas páginas que ha “dictado la verdad” son también, y sobre todo, verdad histórica. Sarmiento vuelve insistentemente sobre el carácter histórico de la biografía: “Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua” (Sarmiento, 1970, 17). El *analogon* establecido con las “bellas artes” liga la escritura biográfica – y, en

este caso, autobiográfica – con la idea de una escritura modelizadora o, en sus propios términos, estatuaria.

En octubre de 1858, cuando Sarmiento fue nombrado Director de Historia en Buenos Aires, sostuvo que la Historia no es “la sencilla narración de los humanos acontecimientos; es además una de las bellas artes, y como la estatuaria, no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente” (Sarmiento, 1899, XXI, 92). Como se ve, parece una declaración de principios de quien por entonces ya contaba con algunos escritos fundamentales como el *Facundo*, la vida del Aldao, los *Viajes*, y sus *Recuerdos*. En todos los casos, se vislumbra el horizonte factual de ese tipo de escritura: legar a la posteridad la tradición de una historia que se escribe modelando sus protagonistas y convirtiéndolos, como en un relato ficticio, en sus personajes. La relativa conciencia de Sarmiento sobre el carácter tendencioso que puede obrar en la reconstrucción del pasado así biografiado será uno de los elementos centrales en la configuración de la trama de sus *Recuerdos*. Sarmiento no intuye ese carácter inventivo, sino que revela el mejor modo de hacer uso del mismo⁴.

En este sentido, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo han escrito un ensayo

⁴ Sylvia Molloy sostiene que Sarmiento apenas tiene una intuición del carácter problemático del ejercicio nemotécnico, de su rasgo fabulador o inventivo. Dice: “la intuición de que autorretratarse, aun en nombre de la verdad lleva a la fabulación [...] es, en Sarmiento, tan sólo eso: una intuición. Llevarla más lejos estaba fuera de su alcance: su propósito era legar una estatua nacional, un *todo* recompuesto y coherente” (1996: 199, cursiva en el original). La conciencia que despliega Sarmiento de esa modulación estatuaria, que no se recorta únicamente de sus *Recuerdos*... y que tiene varias enunciaciones, autoriza a pensar más bien lo contrario. Porque entiende el dominio figurativo de la palabra (auto)biográfica ese *todo* puede llegar a ser objeto de su escritura. Es algo más que notoria la similitud entre las palabras citadas del discurso que Sarmiento da en 1858 en el Ateneo y las del pasaje de sus *Recuerdos*... citado más arriba.

fundamental sobre los *Recuerdos* de Sarmiento (1997, 103-160). La estrategia retórica del texto – visiblemente supeditada por el momento histórico de su aparición, como ya apuntamos – se configura mediante una práctica del montaje (en sentido moderno del término) que articula sugestivamente los distintos planos semánticos y va organizando la ejemplaridad de los “notables”, a la vez que plasma en dichas figuras un particular relato de la historia y de su propia figura. Sarmiento construye una genealogía ilustrada y, al mismo tiempo, la genealogía construye la imagen ilustrada de Sarmiento.

Ahora bien, si la pulsión romántico-naturalista había inscripto en la biografía de Facundo Quiroga el espacio para una prosopografía – descripción de las cualidades físicas del biografiado –, en la escritura de la propia vida Sarmiento recalará únicamente en la descripción etopéyica – aquella que se ciñe al orden moral del individuo –. Luminosa y útil, la etopeya sarmientina se remontará hasta los orígenes de la patria para colmarse con los artilugios de la ejemplaridad⁵. “Todos los hombres notables de aquella época –dirá en sus *Recuerdos...*– son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hacia el porvenir, otra hacia lo pasado” (Sarmiento, 1970, 72).

⁵ El tema de lo *ejemplar* remite, como se sabe, a la tradición de la literatura medieval. En este sentido, el paso fundamental de los *exempla* medievales al registro autobiográfico está dado por los ensayos de Montaigne.

En su *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Hans Robert Jauss se detiene en el análisis de lo que ese cambio supone para la función comunicativa de la experiencia estética (*catarsis*): “La nueva forma de ensayo, creada por Montaigne, que problematiza el *exemplum* en su doble función (la de la explicación de sentencias morales y la de ser un medio de demostración a la hora de convencer o disuadir de una decisión) inaugura, en el ámbito estético, una nueva experiencia de aquello que puede ser ejemplar para la vida del hombre. Las hazañas extraordinarias y los efectos de quien las realiza, que parcializan y monumentalizan en lo bueno y en lo malo una tradición secular de las historias, los procesos normales de la existencia y las situaciones íntimas de un hombre cualquiera, pertenecen, todas por igual, a la *humaine capacité*” (Jauss, 1986, p. 182).

Identificado con la lógica de esa representatividad generacional, Sarmiento podría haber hecho suyas las palabras con que Renan, en el prefacio a *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, consignaba la inclinación humanística de su autobiografía intelectual: “Amo el pasado, pero ansío el porvenir” (citado en Miraux, 2005, 47). En nombre de ese linaje patricio con el que Sarmiento se familiariza, podrá decir –y subrayar– que se crió hidalgo en medio de la pobreza. La moral, laica y burguesa, que rige esa singularidad ejemplar recibe de las figuras biografiadas la distinción de la formación intelectual que le imprime a su pobreza material el valor “espiritual” y ascético de un patricio ilustrado: “Pobres hombres los consentidos por la fortuna –dirá más adelante–, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides” (Sarmiento, 1970, 102).

El empeño por parte de Sarmiento de construirse un linaje patricio puede decantarse de su momento histórico –a la vez que dar cuenta de los valores de la época– si se lo contrasta con algunas de sus previas intervenciones públicas. Por ejemplo, en la polémica suscitada en torno a la publicación de *El Semanario de Santiago* sobre las tendencias del romanticismo en Chile, apenas un año antes de publicar *Mi Defensa*, Sarmiento discutía los aspectos formales de las obras de teatro románticas mezclando en su diatriba cuestiones sociales para defender su postura –y volver, de paso, política una discusión pretendidamente literaria. Alrededor del *Ruy Blas* de Víctor Hugo, que presenta a “un lacayo locamente enamorado de una reina”, la crítica de *El Semanario* –que veía en esa representación un ejemplo nocivo contra los

valores de la alta sociedad chilena— era refutada por parte del sanjuanino en los siguientes términos: “¿Qué quiere decir *un lacayo que nunca ha sido mas que un lacayo*? Querria que hubiese sido siquiera licenciado, o hidalgo, o rico, o qué querria que hubiese sido antes?” (Sarmiento, 1909, I, 314-35 [subrayado mío]). Y más adelante: “no sabe que la mayor parte de los hombres de jenio han nacido lacayos” (idem). Parece claro que las ideas que lo retratan en *Mi Defensa* se ajustan a esos primeros años de su formación, donde la polémica, como muy bien argumentó Stuvén (2000), no imponía amenazas inminentes contra los valores establecidos de la sociedad chilena, mientras que en 1850 el retrato de sus *Recuerdos* para volverse simbólicamente efectivo debe incluir la distinción de una prosapia hidalga, cuyo linaje se remonta a los prohombres ilustrados de la república.

Porque 1850, el año en que Sarmiento publica, además de sus *Recuerdos...*, *Argirópolis* —dedicado a Urquiza—, es un año clave para los programas y, como agudamente señaló Alberdi, las “candidaturas”⁶. Como muestran Sarlo y Altamirano, del relato confeccionado por sus *Recuerdos...* la figura de Sarmiento se erige como un producto, el *más patriota*, de la tradición nacional. Me voy a detener, entonces, en algunos aspectos de esa ejemplaridad relacionados con la construcción de la figura letrada y su proyección geográfica e histórica.

⁶ “Pero su biografía de usted no es un simple trabajo de vanidad, sino el medio, muy usado y muy conocido en política, de formar la candidatura de su nombre” (Alberdi, 1920, V, pp. 175-176).

EL TRADUCTOR CANÍBAL, EL INTÉRPRETE AMERICANO

*“En mi vida tan destruida, tan contrariada, y, sin embargo,
tan perseverante en la aspiración de un no sé qué
elevado y noble, me parece ver retratarse
esta pobre América del Sur”.*
Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*.

En ese pasaje de la pobreza material de origen a la riqueza intelectual confluyen distintos planos⁷. Aquí nos detendremos sin embargo en el de las lecturas, porque entendemos que es fundamental en el tipo de función letrada que representa para Hispanoamérica. Las lecturas fueron para Sarmiento el modo de independizarse de los modelos culturales de las viejas tradiciones coloniales, principalmente escolásticas. Frente a esos modelos perimidos la crítica, cuya retórica organizó medularmente las publicaciones periódicas de finales del '30, se dirigirá fundamentalmente hacia la ética del compromiso:

Los predicadores nos proponen los santos del Cielo para que imitemos su virtudes ascéticas y sus maceraciones; pero por más bien intencionado que

⁷ Notablemente, el plano hereditario tiene su costado orgánico-evolucionista, ya que se postula no solo como una cuestión histórica, social e intelectual, sino también orgánica y genética: “Si dos generaciones no habían desmentido la reputación de sesudos que traía la sangre Albarracín, por la línea de don Miguel, vínoles a sus hijos una imaginación ardiente, caracteres osados, y tal actividad de espíritu de acción que hasta las mujeres de aquella casa se distinguen por cualidades notabilísimas en que el conato de la ambición y la sed de gloria corren parejas” (Sarmiento, 1970, p. 49). Y también: “Yo creo firmemente en la transmisión de la aptitud moral por los órganos” (idem, p. 95).

el niño sea, renuncia desde temprano a la pretensión de hacer milagros, por la razón sencilla de que los que lo aconsejan se abstienen ellos mismos de hacerlos (1970 [1850], 98).

Sarmiento, lector de la Biblia, critica la no correspondencia de una moral ascética con una ética secular alejada de los valores tradicionales de la Iglesia. La degradación de los valores religiosos ya había sido señalada en su *Facundo*. En materia de ejemplos, por lo tanto, su modelo será otro: en lo que concierne al aprendizaje, el *Emilio* de Rousseau dará la clave; en lo político, Franklin, pues él mismo se “sentía” un Franklin sudamericano. En esos relatos Sarmiento inscribe su propia trayectoria imaginaria. La lectura será, entonces, un modo de apropiación. Y en esa apropiación la traducción cuenta como eslabón programático del ejercicio letrado en América. Si escribir es transcribir, la traducción fusionará sus dos sentidos potenciales: traducir será el modo de ejercer un tipo de lectura que, de acuerdo al sistema de citas desplegado en el *Facundo*, se presentará como apropiación y, al mismo tiempo, como desvío. Incluso, llevando al extremo la fórmula de la apropiación indisciplinada, esa apropiación podrá llegar a ser plagaria. Dice Sarmiento: “sobre el deán Funes ha pesado el cargo de plagario, que para nosotros se convierte, más bien que en reproche, en muestra clara de mérito” (Sarmiento, 1970, 86). Esta idea del plagio vinculada a la necesidad de apropiación es uno de los rasgos que permiten entender la forma de lectura que practicara el sanjuanino. Este compartía con el resto de los letrados identificados con el Salón Literario de Buenos Aires el diagnóstico

según el cual el saber español había quedado rezagado en términos de modernidad en relación a sus pares metropolitanos de Francia e Inglaterra. En varios momentos de sus publicaciones periódicas hizo referencias, como lo había hecho en *El Zonda*, a ese “atraso” de la cultura española. Uno de esos momentos lo registra la polémica de mayo del '42 en torno al idioma. Allí Sarmiento defendía la idea de un desarrollo del idioma acorde a las necesidades de las repúblicas americanas que, por entonces y en términos literarios, pasaban por las lecturas y la asimilación de obras francesas e inglesas. “Bastará en América que los escritores –decía allí el sanjuanino–, siguiendo el consejo de Boileau, aprendan a pensar antes de escribir, para que se lancen a escribir según la versión que mas hayan leído” (Sarmiento, 1909, 224). Para Sarmiento los defensores culteranos de la lengua española habían renunciado a “su propio pensamiento para repetir las tradiciones de sus pedagogos” (ídem, 223). Según la consigna de Boileau, pensar antes de escribir significa leer para poder escribir. Sarmiento hace suya esa fórmula en la que el pensamiento se independiza de los moldes, pero añade a la lectura la apropiación desviada o libre. Leer para Sarmiento es transcribir, traducir: “Para los pueblos de habla castellana, aprender un idioma vivo es sólo aprender a leer” (1970, 126). Él mismo relata sus experiencias de lector asiduo de textos de idiomas extranjeros, en un *crescendo* que roza lo fantástico: “Traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott, y otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduard Abbot” (ídem, 126-127). Esa “codicia”, como llama el propio Sarmiento a su práctica lectora, da cuenta de una necesidad

de apropiación que cifra en sí misma los mecanismos del saber letrado en América. En todo caso, la lectura traslaticia nunca puede ser neutra. Como apuntó Sylvia Molloy, esa lectura es una traducción que es “artefacto textual, simulacro del original, *libro diferente*. Por muy ‘correcta’ que a Sarmiento le haya parecido su manera de leer, sin duda tenía conciencia de que leer es modificar” (Molloy, 1996, 39). El canibalismo textual al que remiten estas palabras de Molloy refiere a un tipo de práctica letrada que, para el caso de Sarmiento y los integrantes de la generación romántica, se erige ante la necesidad de llenar un vacío. Pero en el manejo excéntrico del archivo europeo, en el que se inserta esa lectura traslaticia cuyo emblema representa el famoso refrán italiano *traduttori tradittori*, el letrado criollo es consciente de que el uso marginal de ese saber implica asimismo la posibilidad de un enriquecimiento. En el número inaugural de *El Progreso*, esa conciencia es asumida por el redactor cuando vaticina la importación de folletines franceses y españoles:

Pudiendo sin jactancia decir desde ahora que en esta parte nuestro diario aventajará a los más afamados de Europa i América, por la razon mui obvia de que siendo uno de los últimos periódicos del mundo, tendremos a nuestra disposición i para escoger como en peras, lo que han publicado todos los demás diarios, i vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle mas mono i mas engalanado que cada uno de aquellos separadamente (*El Progreso*, 10/11/42, 1, Sección “Folletín”).

La condición marginal es reconvertida así en una situación ventajosa. El hecho de ser el “último periódico del mundo” facilita el mecanismo de la apropiación cultural. Nótese incluso que el tono marcadamente irónico con el que termina la frase (“vistiéndolo de ropa ajena, véngale o no le venga al cuerpo, lo haremos salir a la calle”) no deja de referir sin embargo la situación concreta del tráfico cultural entre el norte y el sur de ambos continentes. Excéntrico, pretendidamente “salvaje”, el uso del saber que hace Sarmiento a través de sus lecturas traslaticias implica al mismo tiempo la localización de esa praxis en el terreno político. “Este es un cuento que, con aspavientos y gritos, refiere un loco, y que no significa nada” (Sarmiento, 1970, 13), traducirá de un fragmento que pertenece en realidad a *Macbeth* y que Sarmiento atribuye a *Hamlet*⁸. Sarmiento traduce *idiot* como *loco*, y en lugar de *sound and fury* coloca *aspavientos y gritos*. En esos traslados, como ha señalado Molloy, se construye la imagen de un “príncipe incomprendido” (Molloy, 1996, 43-44). El *plagio* del deán Funes del que habla Sarmiento en sus *Recuerdos...* se aproxima a este sentido del uso letrado. El traductor oficiará a través de ese uso el pasaje del terreno literario o libresco al terreno político: “Por otra parte, yo he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi país” (Sarmiento, 1970, 53). Cartógrafo de ideas, el traductor es el mejor lector. No es casual que el sanjuanino reproduzca en sus *Recuerdos...* el discurso pronunciado once años atrás cuando, en San Juan, se inauguró el “Colegio de pensionistas de Santa Rosa”. Esa frase, que

⁸ Sobre este pasaje particular de *Macbeth* se detiene Pierre Bourdieu para mostrar la “ilusión retórica” sobre la que se basa aquella tradición literaria que se obstinó en “tratar la vida como una historia”. Ilusión que, según el sociólogo francés, vendría a quebrar la novela moderna. Cfr. Bourdieu (1998, 5-16).

pone en escena un programa político, se complementa con la práctica del acopio de lecturas del letrado que se empeña en el traslado de la modernidad a través del impulso de su escritura: “Buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, *traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano*” (Sarmiento, 1970, 129).

UNA HISTORIA CONTADA DOS VECES (Y UN FACTUM DE TRASLACIÓN PROGRESISTA)

Hay un episodio en *Recuerdos* que sobreimprime en forma de relato la vieja tradición (que aparece tempranamente en el *Quijote* de Cervantes) del dilema entre las armas y las letras. Ese episodio es el que aparece narrado en el capítulo “La vida pública”: el gobernador de San Juan, Benavides, manda a llamar a Sarmiento para conminarlo, en forma de aviso, a que concluya con su tarea de publicista entablada desde *El Zonda*. Sarmiento acude a los llamados por parte del Gobernador, pero mantiene su postura insubordinada, aun a riesgo de destierro o encarcelamiento. En el último encuentro, Sarmiento lleva un escrito (un *factum*, nos dice) y lo lee delante del Gobernador “apoyando en cada concepto que quería hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que (se) proponía hacer penetrar más adentro” (Sarmiento, 1970, p 145). Pero el final del acto lo deja al lector desahuciado: “Cuando concluí la lectura, que me tenía exaltado, levanté los ojos y leí en el semblante del caudillo... la indiferencia. Una sola idea no había prendido en su alma, ni la duda se había levantado” (ídem, 146).

Nadie como Sarmiento para describir patéticamente el anhelo frustrado

de instruir al Soberano. Lo habían ensayado los redactores de *La Moda*. Lo denigraban, desde la orilla montevideana, los colaboradores de *El Iniciador*. Pero el argumento ficcional de ese fracaso entre caudillo y letrado, que se reiterará luego con Urquiza⁹, encuentra en su viaje por Europa una instancia provechosa. Y la encuentra justamente en su pasaje por África, donde Sarmiento no hace más que confirmar la analogía con el mundo árabe presentada en su *Facundo*: “En Argel me ha sorprendido la semejanza de fisonomía del gaucho argentino y del árabe” (Sarmiento, 1970, 31). Esa semejanza, antes intuitida en sus lecturas del archivo europeo, reafirma el antagonismo planteado por el esquema historicista del sanjuanino. Lo exalta. Produce un *plus* de fundamentalismo al determinismo esbozado anteriormente en el cruce de filosofía enciclopedista e inspiración romántica. Ese agregado está deducido de su viaje a Argelia, en donde Sarmiento mantiene una larga conversación con el Mariscal francés Bugeaud, militar encargado de llevar adelante la colonización francesa de esa región africana. Sarmiento podrá recibir por parte del militar colonizador francés la doctrina de su sistema, para luego, una vez debidamente interpretada y traducida (lo cual no requiere, como el idioma portugués, demasiado esfuerzo, vista la semejanza de un orden con otro), donarle al militar francés el “saber”

⁹ El episodio, en efecto, anticipa aquel otro que, no mucho tiempo más tarde, Sarmiento ofrecerá en el relato de su *Campaña*, cuando se haya entrevistado con Urquiza por primera vez: “Lo que más me sorprendió del General (Urquiza) es que, pasada aquella simple narración de hechos con que me introduce, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt, o el Emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: si yo lo dije, lo vi, lo hice, etc., etc.” (Sarmiento, 1958, 109).

adquirido al otro lado del Atlántico¹⁰. La mediación de su experiencia europea no sólo no se enriquece con las fastuosas prerrogativas del letrado marginal o periférico – como ocurría en el caso de los folletines –, sino que evidencia una brusquedad – Borges lo llamaría un “fervor primitivo” – que, al mismo tiempo que reconoce en el horizonte de su época el principio para su saturación, hace “legible” en sus propios términos el recorrido que culmina en *Conflicto y armonía de las razas en América*.

Si en el *Facundo* el programa civilizador de Sarmiento despuntaba bajo el tópico de “educación popular”, la trama de sus Recuerdos, en cambio, a la par de modelar su propia figura como la de un patricio ilustrado esboza una formalización política e ideológica de las distinciones necesarias:

¿Habéis oído resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador inglés; Lamartine, el poeta: o los de Thiers y Guizot, historiadores, y siempre por todas partes, *en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios y no labriegos o pastores rudos*, como los que vosotros habéis armado del poder absoluto para vuestro daño? (Sarmiento, 1970, 38)

“Sabios y no labriegos”: el saber sobre la república se recorta de esa

¹⁰ En la carta a Thompson, que relata el viaje a Argelia, leemos: “Pero el mariscal comprendió muy bien que los franceses, parodiarían a los *gauchos* árabes, i que para vencer a un pueblo bárbaro, es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar a las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto” (Sarmiento, 1996, 187). Una teoría que el mismo Sarmiento implementaría en su *Campaña* contra Rosas. En efecto, allí, Sarmiento dirá: “Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, guantes, quepí francés, paltó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco” (Sarmiento, 1958, 141).

genealogía ilustrada en la que Sarmiento se sitúa como el hijo predilecto. Desestimando la épica bellista, quien en su “Agricultura de la zona tórrida” había trazado el paradigma neo-*virgiliano* en el que el hombre del arado dominaría la escena americana, Sarmiento postula sin tapujos la distinción del letrado. Si el linaje de los Oro se transforma en la escritura autobiográfica en el oro del linaje (Rosa, 2004, 131), la etopeya sarmientina confirma en ese pasaje la lógica del humanismo republicano que convierte el origen ilustrado en el *don* emblemático de la clase patricia. Pasaje y conversión que organiza valores y estrecha límites (políticos, sociales, culturales) en la formación del estado liberal argentino. La noción de ciudadanía que rige ese modelo augura el drástico traslado al escenario nacional del *factum* modernizador con el que Sarmiento pudo instruir al mariscal francés en tierras argelinas – duplicación paródica de aquel otro que leyera ante el gobernador de San Juan –; *factum* en el que los bienes (materiales y simbólicos) despuntarán el sentido *patriota* – origen ilustrado – y *patricio* – cuerpo colegiado – del Estado por venir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberdi, Juan Bautista. Cartas Quillotanas. In: *Obras selectas*, Tomo V. Buenos Aires, La Facultad, 1920[1852].
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. “Una vida ejemplar: la estrategia de Recuerdos de Provincia”. In: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la*

- vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997, 103-160.
- Bourdieu, Pierre. “La ilusión biográfica”. *Cuadernos de literatura* N° 9 traducción de Adriana Blajos (originalmente, en: “Actes de la Recherche en Sciences Sociales”, n° 62/63), 1998, 5-16.
- Echeverría, Esteban. *Obras completas*. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1972.
- Jauss, Hans Robert. *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*. Madrid: Taurus, 1986.
- Miroux, Jean-Philippe. *La autobiografía. Las escrituras del yo*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Molloy, Silvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Ricoeur, Paul. “De l’interprétation”. In: *Du texte à l’action. Essais d’herméneutique II*. Paris: Seuil, 1986.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*. Madrid: Siglo XXI, Vol. I, 1995, Vol. II, 1995, Vol. III, 1996.
- Rosa, Nicolás. “El oro del linaje”. In: *El arte del olvido y tres ensayos sobre mujeres*. Rosario, Beatriz Viterbo, 2004, 82-140.
- Sarmiento, Domingo F. *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Salvat Editores, 1970 [1850].
- _____. *Viajes por Europa, África y América, 1845 – 1847*. Edición Crítica al cuidado de Javier Fernández y Paul Verdevoye, Colección Archivos, Alca XX, Ediciones Unesco, 1996.
- _____. *Campaña en el Ejército Grande*, Edición, Prólogo y notas de Tulio Halperín Donghi. México-Buenos Aires: FCE, 1958 [1852].

- _____. *Obras*. Tomo I, París: Belín Hermanos Editores, 1909.
- _____. *Obras*. Tomos XXI y XXVI, Buenos Aires: Belín Sarmiento Editor, 1899.
- Starobinski, Jean. “Les problèmes de l’autobiographie”. In: *Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l’obstacle*. París: Librairie Plon, 1957.
- Stuven, Ana María. *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 2000.

PERIÓDICOS CONSULTADOS

- El Progreso*, Santiago de Chile, [1842-1845].
- El Zonda*, San Juan, [1839]. Edición facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, con “Prólogo” de Juan Pablo Echagüe, Buenos Aires, Kraft, 1939.